

COLETTE

La vagabunda

GRANDES CLÁSICOS



FUNAMBULISTA



SU NOVELA MÁS
AUTOBIOGRÁFICA



La vagabunda

Colette

La vagabunda



Traducción de Gabriela Díaz

Postfacio de Keren Manzano



Primera edición: septiembre de 2025

Título original: *La Vagabonde* (1910)

© de la traducción: Gabriela Díaz, 2025

© del postfacio: Keren Manzano, 2025

© de la presente edición: Editorial Funambulista, 2025
c/ Flamenco, 26 - 28231 (Las Rozas) Madrid

www.funambulista.net

IBIC: FC

ISBN: 979-13-990383-2-3
Depósito Legal: M-16940-2025

Maquetación de interiores y cubierta: Gian Luca Luisi

Motivo de la cubierta: detalle de *Morphine* (1905), Albert Matignon

Impresión y producción gráfica: Ayregraf

Impreso en España

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir parte alguna de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado —electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc.— sin el permiso previo por escrito de los titulares del *copyright*.

La vagabunda

Primera parte

Las diez y media... Una vez más, estoy lista demasiado pronto. Mi compañero Brague, que me ayudó en mis comienzos en la pantomima, me lo reprocha a menudo en términos muy pintorescos:

—¡Vaya aficionada de tres al cuarto estás hecha! ¡Siempre perdiendo el culo por cualquier cosa! Si te hiciésemos caso, nos maquillaríamos a las siete y media mientras engullimos la cena.

Tres años de *music-hall* y de teatro no han logrado cambiarme, siempre estoy lista demasiado pronto.

Las diez y treinta y cinco... Si no abro ese libro, ya leído y releído, abandonado sobre la bandeja de maquillaje, o el *Paris-Sport*, que hace un momento la encargada de vestuario señalaba con la punta de mi lápiz de cejas, me quedaré a solas conmigo misma. Sola frente a esa consejera maquillada que me

observa desde el otro lado del espejo, con sus ojos profundos bajo unos párpados embadurnados de una pasta densa y violácea. Tiene los pómulos vivos, del mismo color que una phlox de jardín, los labios de un rojo oscuro, brillantes, como si estuvieran barnizados... Me mira durante mucho tiempo, sé que va a dirigirse a mí... Y me va a decir:

—Pero ¿estás ahí? ¿Ahí sola, en una jaula de paredes blancas donde unas manos ociosas, impacientes y prisioneras han arañado unas iniciales entrelazadas y han bordado unas figuras indecentes e infantiles? Sobre esas paredes de escayola, unas uñas pintadas de rojo como las tuyas han escrito la llamada inconsciente de los abandonados... Detrás de ti, una mano femenina ha grabado: «Marie»... Y el final del nombre se eleva en una rúbrica ardiente que se alza como un grito... ¿Eres tú quien está ahí, sola, bajo un techo que vibra, que los pies de los bailarines golpean como si fuese el suelo de un molino en movimiento? ¿Por qué estás ahí sola? ¿Y por qué no estás en otro lugar?

Sí, es la hora lúcida y peligrosa. ¿Quién llamará a la puerta de mi camerino? ¿Qué rostro se interpondrá entre la consejera maquillada que me espía al otro lado del espejo y yo? El azar, mi amigo y señor, se dignará de nuevo a enviarme a los geniecillos de su caótico reino. Ya solo tengo fe en él, y en mí. En él, sobre todo, que me socorre cuando zozobro, y me sujeta y me zarandea cual perro de

rescate cuyo colmillo, cada vez, se clava un poco en mi piel... Y lo cierto es que ya no espero que con cada desesperante revés llegue mi fin, sino al contrario, la aventura, el pequeño milagro banal que recomponga, como un bruñido eslabón, el collar que forman mis días.

Es la fe, en verdad es la fe, con su ceguera a veces simulada, con el jesuitismo de sus renunciadas, con su cabezonería en tener esperanza en el momento mismo en que gritamos: «¡Todo me abandona!». Creo de verdad que el día en que mi señor el azar lleve otro nombre en mi corazón me convertiré en una excelente católica...

¡Cómo tiembla el suelo esta noche! Se ve que hace frío: los bailarines rusos quieren calentarse. Cuando griten todos a una: «¡You!», con esa voz aguda y ronca como si fuesen cerditos, serán las once y diez. Mi reloj es infalible, ni un retraso de cinco minutos en un mes. Las diez: llego; Madame Cavallier canta *Les Petit Chemineux*, *Le Baiser d'adieu* y *Le Petit quéqu' chose*, tres canciones. Las diez y diez: Antoniew y sus perros. Las diez y veintidós: suenan disparos, ladridos, termina el número de los perros. La escalera de hierro chirría y alguien tose: es Jadin, que está bajando. Maldice mientras tose, porque cada vez se pisa el bajo del vestido, ya es un ritual... Las diez y treinta y cinco: el

mago Bouty. Las diez y cuarenta y siete: los bailarines rusos y, finalmente, las once y diez: ¡yo!

Yo... Al pensar esta palabra, sin querer he mirado el espejo. Porque soy yo la que está ahí, enmascarada en un rojo violáceo, los ojos envueltos en un halo azulado y grasiento que empieza a derretirse... ¿Acaso estoy esperando a que el resto de mi rostro también se diluya? ¿Y si solo queda, de todo mi reflejo, una mancha teñida, pegada al espejo como una larga lágrima fangosa?

¡Me estoy congelando! Me froto las manos, grises de frío, la una contra la otra bajo la pintura blanca y líquida que se resquebraja. ¡Maldita sea! La tubería de la calefacción está helada: es sábado y los sábados le encargamos al público popular, alegre, alborotador y un poco borracho que nos caliente la sala. Pero nadie ha pensado en los camerinos de los artistas.

Un puñetazo sacude la puerta y hasta mis orejas se estremecen. Abro a mi compañero Brague, que va disfrazado de bandido rumano, morenazo y concienzudo.

—Nos toca, ¿lo sabes?

—Lo sé. ¡Ya era hora! ¡Menuda pulmonía vamos a pillar!

En lo alto de la escalera de hierro que sube a la plataforma, un hermoso calor seco y polvoriento me envuelve como un abrigo cómodo y sucio.

Mientras que Brague, siempre meticuloso, vigila el decorado y hace subir la diabla del fondo —la que representa el sol poniente—, instintivamente acerco el ojo al agujero luminoso de la cortina.

Es una hermosa sala de sábados la de este animado café-concierto de barrio. Es una hermosa sala de sábado que los focos no consiguen iluminar, y me apuesto cien francos a que sería imposible encontrar un cuello de camisa entre la décima fila de butacas y el segundo anfiteatro. Planea sobre ella un humo rojizo cargado del horrible olor a tabaco frío y a puro barato que se apura demasiado... Por el contrario, los proskenios parecen cuatro jardineras. ¡Es un precioso sábado! Pero, como diría con energía la pequeña Jadin:

—Me importa un comino, ¡yo no cobro por las entradas vendidas!

Desde los primeros compases de la obertura, me siento aliviada y plena, me vuelvo ligera e irresponsable. Acodada al balcón de lona del decorado, echo un vistazo sereno a la capa polvorienta —barro de los zapatos, polvo, pelos de perro, resina aplastada— que cubre el parqué sobre el que dentro de un rato se arrastrarán mis rodillas desnudas, y huelo un geranio rojo artificial. Desde este momento ya no me pertenezco, ¡todo va bien! Sé que no me caeré mientras bailo, que mi tacón no se enganchará en el dobladillo de mi falda, que me desplomaré vapuleada por

Brague, y, sin embargo, no me desollaré los codos, ni me aplastaré la nariz. Escucharé vagamente, sin perder mi semblante serio, al pequeño tramoyista que en el momento más dramático imita ruidos de pedos detrás del perchero para hacernos reír... La luz agresiva me transporta, la música guía mis gestos, una disciplina misteriosa me esclaviza y me protege... Todo va bien.

¡Todo va muy bien! Nuestro público mal iluminado de los sábados nos ha recompensado con una algarabía llena de bravos, silbidos, gritos y cordiales impertinencias, y me han tirado a la esquina de mi boca un ramito de esos claveles baratos, blancos y anémicos que la florista ambulante baña en agua coloreada con la intención de teñirlos. Lo llevo en el revés de mi chaqueta: huele a pimienta y a perro mojado.

También me llevo una carta que me acaban de entregar.

Señora, estaba en la primera fila del patio de butacas; su talento de mimo me hace pensar que posee otros talentos incluso más especiales y cautivadores. Hágame el honor de cenar esta noche conmigo...

Está firmado «Marqués de Fontanges», santo cielo, y está escrito en el café Delta... ¿Cuántos retoños de familias nobles que creíamos extinguidas desde

hace mucho tiempo eligen el café Delta como domicilio? Contra todo pronóstico, presiento en este marqués de Fontanges un parentesco próximo con un tal conde de Lavallière, que la semana pasada me ofreció un té «*five o'clock*» en su picadero. Engaños banales, pero en ellos se adivina el novelesco amor por la buena vida, el respeto por el escudo de armas que se oculta, en este barrio de truhanes, bajo tantos sombreros maltrechos.

Como de costumbre, doy un gran suspiro al cerrar la puerta de mi bajo. ¿Un suspiro de cansancio, de descanso o de angustia ante la soledad? Mejor no pensarlo, ¡mejor no pensarlo!

¿Pero qué narices me pasa esta noche? Es esta niebla glacial de diciembre, formada por pequeñas escamas de escarcha suspendidas, que vibra alrededor de los quemadores de gas trazando un halo irrisado, que se funde en los labios dejando un sabor a creosota... Y también este barrio nuevo en el que vivo, que emerge totalmente blanco detrás de las Ternes, y que hunde el ánimo y la mirada.

Bajo el gas verduzco, mi calle es a esta hora un alboroto cremoso, marrón-moca y amarillo-caramelo, un postre deshecho, fundido, en el que surge el guirlache de la mampostería. Mi propia

casa, solitaria en medio de la calle, parece algo irreal. Pero sus paredes nuevas y sus finos tabiques ofrecen, por un módico precio, un refugio lo suficientemente cómodo para «damas solteras» como yo.

Cuando una es una «dama soltera», es decir, una auténtica bestia negra, una proscrita y una pesadilla para los propietarios, una acepta lo primero que encuentra, una se queda donde puede y aguanta lo que sea...

El edificio donde vivo da compasivo asilo a toda una colonia de «damas solteras». En el entre-suelo tenemos a la querida oficial del señor Young, de Young-Automobiles; encima, a la amiga muy bien «mantenida» del conde de Bravais; más arriba, dos hermanas rubias reciben cada día la visita de un solo señor-de-bien-que-trabaja-en-la-industria; más arriba aún, una pequeña fiestera de armas tomar que lleva, de noche y de día, una vida de fox-terrier desmadrado: gritos, piano, cánticos, botellas vacías lanzadas por la ventana...

—Es la vergüenza de esta casa —dijo un día la señora Young-Automobiles.

Y, finalmente, en la planta baja estoy yo, que no grito, que no toco el piano, que apenas recibo a caballeros y aún menos a las damas... La golfilla del cuarto hace demasiado ruido y yo no hago el suficiente. La portera no se cansa de decirme:

—Es curioso, nunca sabemos si la señora está en casa, no se la oye. ¡Nadie diría que es usted una artista!

¡Ah, qué tarde de diciembre más desagradable! ¡La estufa huele a yodoformo! Blandine se ha olvidado de meter la bolsa de agua caliente en la cama, y hasta mi propia perra malhumorada, gruñona, friolera, se limita a lanzarme una mirada indiferente sin salir de su cesta. ¡Dios mío! Tampoco pido un recibimiento triunfal ni fuegos artificiales. En fin...

¡Ay! Podría buscar por todas partes, en todos los rincones y bajo la cama, que aquí no hay nadie, nadie más que yo. El gran espejo de mi habitación ya no me devuelve la imagen maquillada de una bohemía lista para el *music-hall*, solo me refleja... ¡a mí!

Y aquí estoy, ¡tal y como soy! Esta noche no me escaparé del encuentro con el espejo alargado y del soliloquio que tantas veces he esquivado, aceptado, evitado, retomado y roto... ¡Qué pena! Ya siento la vanidad que acarrea toda diversión. Esta noche no voy a tener sueño, y el encanto del libro... —¡ay, el libro nuevo, el libro recién impreso, con ese aroma a tinta húmeda y a papel nuevo que recuerda al de la hulla, las locomotoras, las partidas!—, el encanto del libro no me alejará de mí misma...

Y aquí estoy, ¡tal y como soy! Sola, sola para toda la vida, sin duda. ¡Ya sola! No hay duda. Ya he franqueado, sin sentirme humillada, la treintena; y

es que, de este rostro, que es el mío, ya solo vale la expresión que lo anima, y el color de la mirada, y la sonrisa desafiante que se dibuja en él, lo que Marinetti llama mi *gaiezza volpina*... Zorro sin malicia, ¡al que una gallina habría podido atrapar! Zorro sin codicia, que solo se acuerda de la trampa y de la jaula... Zorro alegre, sí, pero porque las comisuras de sus labios y sus ojos dibujan una sonrisa involuntaria. Zorro cansado de bailar cautivo, al son de la música...

¡Y, sin embargo, es cierto que parezco un zorro! Pero un zorro hermoso y delicado. No está mal, ¿verdad? Brague también dice que parezco una rata cuando frunzo los labios y guiño los ojos para ver mejor... No merece la pena enfadarse.

Ay, ¡cómo odio verme la boca triste y los hombros caídos, y todo el cuerpo abatido que descansa encorvado sobre una sola pierna! Este lloroso y lacio cabello que habrá que cepillar luego mucho tiempo para que recupere su puro color brillante. Estos ojos con ojeras marcadas en lápiz azul, y las uñas, donde el barniz rojo ha dejado una dudosa línea... No me voy a librar, como poco, de cincuenta minutos de baño y de peinado.

Ya es la una... ¿A qué espero? Un pequeño azote bien dado con la fusta, para que este animal cabezota vuelva a moverse... Pero nadie me lo va a dar, porque... ¡porque estoy aquí sola! Como se puede

ver gracias al gran marco que rodea mi imagen, ¡ya estoy acostumbrada a vivir sola!

Para una visita cualquiera, para un recadero, incluso para Blandine, mi sirvienta, alzaría esta nuca que flaquea, esta cadera que descansa torcida, y tendería mis manos vacías... Pero, esta noche, estoy tan sola...

¡Sola! ¡Suenan como si me estuviera quejando de verdad!

—Si vives sola —me dijo Brague— es porque lo deseas, ¿o no?

Es cierto, «lo deseo», o incluso, simplemente, «lo quiero». Lo único, tengo que reconocerlo, es que hay días en los que la soledad, para una persona de mi edad, es un vino embriagador que te emborracha de libertad, otros días es un tónico amargo, y otros, un veneno que te hace sentir como si golpearas la cabeza contra una pared.

Esta noche me gustaría no tener que escoger. Me gustaría conformarme con dudar y no poder afirmar si el escalofrío que me recorrerá al deslizarme entre las frías sábanas será de miedo o de alivio.

Sola... y desde hace mucho tiempo. Porque ahora me rindo a la costumbre del soliloquio, de la conversación con la perra, del fuego, de mi reflejo... Es una manía propia de los reclusos, de los viejos

prisioneros; pero yo soy libre... Y si me hablo a mí misma es por la necesidad literaria de marcar el ritmo, de redactar mis pensamientos.

Tengo delante de mí, al otro lado del espejo, en esa sala misteriosa de los reflejos, la imagen de «una mujer de letras que ha fracasado». También se dice de mí que «hago teatro», pero nunca me llaman actriz. ¿Por qué? Matiz sutil, negativa educada del público y de mis propios amigos a la hora de concederme una categoría en esta carrera que, sin embargo, es la que he elegido. Una mujer de letras que ha fracasado: esto es lo que tengo que seguir siendo para todos, yo, que ya no escribo, yo, que me he negado el placer, el lujo de la escritura...

¡Escribir! ¡Poder escribir! Esto es la gran ensoñación ante la hoja en blanco, el garabato inconsciente, los juegos de la pluma que da vueltas alrededor de una mancha de tinta, que mordisquea la palabra imperfecta, la araña, la cubre de dardos, la adorna con antenas, con patas, hasta que pierde su forma legible de palabra, y la transforma en insecto fantástico que vuela como un hada-mariposa...

Escribir... Es la mirada atrapada, hipnotizada por el reflejo de la ventana en el tintero de plata, la fiebre divina que asciende a las mejillas, a la frente, mientras que una bendita muerte congela en el papel la mano que escribe. Escribir también es olvidar la hora, la pereza en el hueco del sofá, el derroche

de imaginación del que se sale fatigado, estupefacto, pero ya recompensado y cargado de tesoros que lentamente se descargan sobre la hoja virgen, en el pequeño circo de luz que se cobija bajo la lámpara.

¡Escribir! Verter con rabia toda la sinceridad interior sobre el papel tentador, tan rápido, tan rápido que a veces la mano pelea y se resiste, abrumada por el dios impaciente que la guía... Y reencontrar al día siguiente, en el lugar de la rama dorada, que había florecido milagrosamente en un momento resplandeciente, una zarza seca, una flor abortada...

¡Escribir! ¡El placer y el sufrimiento de los ociosos! ¡Escribir! Padezco, de tanto en cuanto, la necesidad, ardiente como la sed en verano, de anotar, de pintar... Y todavía tomo la pluma para comenzar con el juego peligroso y decepcionante, para asir y fijar, bajo la punta doble y curvada, el adjetivo esquivo, fugaz, apasionante... No es más que una breve crisis, como el picor de una cicatriz...

¡Hace falta demasiado tiempo para escribir! Y, además, no soy precisamente un Balzac. El frágil cuento que construyo se desmorona cuando llama el recadero, cuando el zapatero me envía su factura, cuando telefonan el procurador y el abogado, cuando el agente teatral me invita a ir a su oficina para hablarme de «una función en la ciudad, en casa de personas con muchos posibles, pero que no tienen la costumbre de pagar precios altos...».

Ahora bien, desde que vivo sola, he tenido que vivir primero, divorciarme luego, y después seguir viviendo... Todo eso exige un esfuerzo y una terquedad increíbles... ¿Y para llegar dónde? ¿Acaso no hay otro refugio para mí que esta habitación banal, decorada con baratijas estilo Luis XVI? ¿No hay otro lugar de descanso que no sea este espejo infranqueable donde tropiezo con mi propia frente?

Mañana es domingo: función matinal y de tarde en el teatro Empyrée-Clichy. ¡Ya son las dos! Hora de irse a dormir para una mujer de letras que ha fracasado.

—¡Date prisa! Por Dios, ¡date prisa! ¡Jadin no está!

—¿Cómo que no está? ¿Acaso está enferma?

—¿Enferma? ¡Sí, de la juerga! A nosotros nos da lo mismo: ¡salimos veinte minutos antes!

Brague, el mimo, acaba de salir de su cubículo y me ha cortado el paso, terrorífico bajo su maquillaje color caqui, y yo corro hacia mi camerino, consternada ante la idea de que podría, por primera vez en mi vida, llegar tarde...

¡Jadin no está! Me apresuro, temblando de los nervios. ¡Y es que no hay que andarse con bromas con nuestro público de barrio, sobre todo en la matinal del domingo! Si, como dice nuestro regi-

dor-domador, les dejamos «pasar hambre» durante cinco minutos entre dos números, nos lloverán los gritos, las colillas, las pieles de naranja...

Jadin no está... Cabía esperar que ocurriera cualquier día.

Jadin es una pequeña cantante, tan novata en los conciertos que todavía no ha tenido tiempo de teñir de rubio sus cabellos castaños; de un salto ha pasado del bulevar exterior al escenario, pasmada de poder ganar, cantando, doscientos francos al mes. Tiene dieciocho años. La suerte (si es que lo es) se ha apoderado de ella sin piedad, y sus codos a la defensiva y toda su silueta obstinada y encorvada como una gárgola parecen atajar los golpes de un destino burlón y brutal.

Canta como una modistilla y como una cantante callejera, sin pensar que se puede cantar de otra manera. Fuerza con ingenuidad un contralto áspero y cautivador que le va muy bien a su joven rostro de *apache*¹ rosado y malhumorado. El público la adora tal y como es, con su vestido demasiado largo, comprado en cualquier sitio, sus cabellos castaños que ni siquiera ha ondulado, su hombro torcido como si aún llevase a cuestas la cesta de la colada, y su pelusa sobre el labio, teñida de blanco

1. *Apache* fue el nombre utilizado en las dos primeras décadas del siglo xx en París para describir a los integrantes de ciertas bandas de delincuentes.